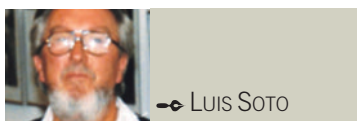


# La risa zorra de *Lambor*



→ LUIS SOTO

“Una primavera me sorprende y el mover de este pueblo. El ruido se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Leónidas Lamborghini,  
*Las patas en las fuentes.*

En ciertos episodios históricos hay personajes a quienes la memoria colectiva reconoce (o adjudica) un protagonismo preponderante, una suerte de conducción de los hechos. El mes pasado se ha evocado un nuevo aniversario del 17 de octubre. Erigida en institución nacional, a esa jornada que tajaría la marcha de la república no resulta simple asignarle un único progenitor.

Ha vuelto a mencionarse a Cipriano Reyes y Evita, no importa en qué orden de influencia, y nadie ignora, además, que miles de acciones de esa suerte de propiedad masiva corresponden a dirigentes gremiales y tantos ciudadanos anónimos que desde Berisso, Pompeya, Dock Sur, Mataderos, salieron a la calle a reclamar la libertad de Perón.

Numerosas obras de teatro, ficción y poesía se han originado a partir de la pueblada que encontró al líder preso en la isla Martín García. Pero en este campo no asoman aspirantes de estatura suficiente para cuestionarle la vanguardia a Leónidas Lamborghini.

Una famosa foto de la tarde del “17”

muestra a un grupo de trabajadores sentados en los bordes de la fuente de la plaza de Mayo y metiendo sus pies descalzos en el agua. Se trataba de aliviar los hondos calores vividos en aquella jornada, pero el acto simbolizaba un ensayo de toma de la plaza por el pueblo y, por qué no, la metamorfosis de la fuente convertida en el charco o la cuneta donde –diversión barata de humilde barriada– brincaban emporcándose los pibes cada día de lluvia. Charco o cuneta enclavados en el escenario políticamente más representativo de la república. “Antes la plaza era un monumento: la Rosada, la pirámide, la fuente. Había que ponerse traje y estar parado, igual que cuando se canta el himno. Después del 17, ir allá era como ir al río. Nos llevaba el mismo camión”, explicaba en 1961 Donato de Martino, dirigente sindical de UTA.

Lamborghini estuvo ese día en la plaza. Solo. Tenía 18 años y era

obrero textil. Tiempo después hablaría afinidades entre el hacer de tejedor y el de poeta. Esa presencia y su mirada lúcida parieron la decisión de abrazar la causa popular desde que la criatura aprendió a caminar. Y no demoró en cantar aquella gesta en Las patas en las fuentes. Habló del “croar del corazón de ese feto”. Hurgó en el basural, el lugar del no poder, y allí escogió retazos y se entregó a velar el alumbramiento. Dio voz y vida al tipo que hizo el “17”. “Estoy con la cabeza/ metida en la cabeza/ del adicto cabeza”, dijo, y detrás, el eco de la marcha: “Somos los destrozados/ los mutilados/ la vida por/ la vida por”. Como nuevo testimonio de su ser peronista surgiría Eva Perón en la hoguera, poema que es reescritura de *Lavazón de mi vida*. El texto fue grabado por dos actrices: Norma Bacalco (1966) y ya derrocada la dictadura, Cristina Banegas.

Si bien su obra poética había sido elogiada en sus comienzos por Leopoldo Marechal, Oliverio Girondo y Juan L. Ortiz, y a partir de su regreso del exilio en Méjico (1990), por Rodolfo Fogwill, Ricardo Piglia y Luis Chittaroni, que sellaron la maestría de Lamborghini, su poesía no ha llegado al lector común. Déficit que afecta a la poesía toda y aísla a sus cultores, en este caso fogueado por el establishment político-cultural. “Decían que mancillaba la poesía, esa cosa elegiaca, delicada. Y era por esa risa. Me reprimaban: qué hace esa risa sarcástica, payasesca, en un po-

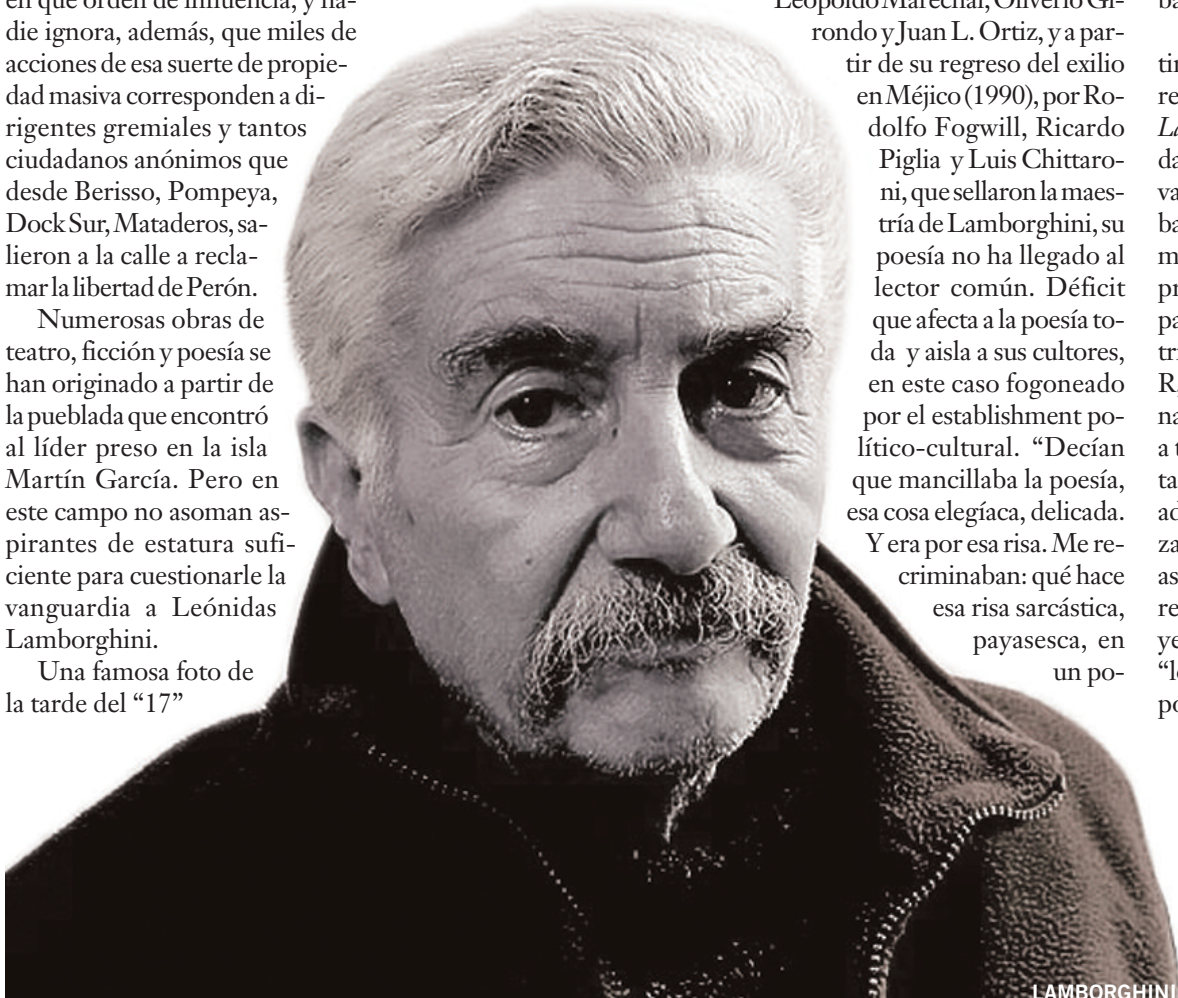
ema. No leyeron a Discépolo: ‘tanto dolor que hace reír’. Escribo pensando que por ahí me van a leer dentro de medio siglo. Tampoco le daban pelota a Stendhal y él, más escéptico que yo, confiaba en que la estimación crecería en 100 años”, solía decir *Lambor*. Antes de irse a Méjico, claro, y sin imaginar que sería seguido y venerado por los jóvenes desde el regreso hasta su muerte (2009).

Si supo llegar a los censores de la dictadura. Aunque no era hombre de enrolarse en la acción armada, los “servicios” le dedicaron prolija lectura a sus trabajos. Pronto recibió voces de alerta de los amigos. “Me dicen que tengo que rajarme”, contó una noche. Un pasar económico modesto y austero, y la decisión de viajar con los cinco hijos y su esposa Graciela, eran vallas difíciles de superar. Se alojaron en casa del pintor Blas Castagna, con quien compartiría una obra excepcional, *Odiseo confinado*: versos de Leónidas y grabados de Blas.

A esta altura, vísperas de la retirada sin fecha de retorno, cabe el relato de un hecho no difundido. *Lambor* debía permanecer “guardado” a la espera de los pasajes salvadores. Espera que se prolongó bastante más de lo previsto. En ese momento, el 4 de julio de 1976, se produce la masacre de los curas palotinos en la iglesia de San Patricio, situada en pleno Belgrano R, a unas cuadras de lo de Castagna. Un grupo parapolicial asesina a tres sacerdotes y dos seminaristas. “Estos zurdos murieron por adoctrinar a mentes vírgenes”, rezaba un mensaje dejado por los asesinos. A *Lambor* lo exaspera un recuadro de *La Nación*, que incluye un comunicado del ejército: “los sacerdotes fueron asesinados por elementos subversivos en la

misma iglesia, lo que demuestra que no tienen patria y tampoco dios”. El 5 de julio se oficia una misa a la que asisten autoridades militares y más de 3.000 fieles. El nuncio apostólico Pío Laghi, que cocelebra la misa, confesará luego a Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*: “al darle la hostia a Suárez Mason sentí ganas de pegarle con el puño en la cara”. Era época de ganas reprimidas.

Día soleado de invierno ese 5 de julio. *Lambor* resuelve ir a San Patricio con Castagna y este cronista. El punto de cita es la esquina de la iglesia. *Lambor* aparece de pantalones grises, zapatos negros puntiagudos y una musculosa blanca. El templo está colmado, es imposible entrar. Todas las miradas acusan al intruso, su pinta lo descalifica. En el límite donde nace el intercambio entre lo serio y lo cómico –“lo encontrás en Shakespeare”, decía–, hombros, sobacos y pelo en pecho desnudos, la melena revuelta y el bigotazo, *Lambor* escucha el sermón. El valeroso palotino Roberto Favre exige la identificación de los responsables de la masacre y denuncia las desapariciones que se registran día a día. *Lambor* empieza a pasearse entre los fieles ubicados en la terraza de la iglesia. La camiseta abre el rumbo, los brazos alcanzan a rozar finos paños. “Ya está, vamos”, concluye al rato el poeta de la parodia, ese día titular de dos “p” adicionales: peronista provocador. Mientras vuelve a la casa de la calle Carbajal suelta una carcajada y dice: “si hubiéramos metido las patas en la fuente...”. “¿Qué fuente?”. “La pila donde mojan los dedos para negociar con dios”. “¿Con los timbos puestos?”. “No serían patas. Sin”, remata el solicitante descolocado. “Sufrir simula, seguro ríe. Esa risa zorra”.



LAMBORGHINI | “ESCRIBO PENSANDO QUE ME VAN A LEER DENTRO DE MEDIO SIGLO”.